

Mar Muerto

José María Ridaó

Mar Muerto

Círculo de Lectores

«Así es: si mirábamos hacia atrás nos equivocábamos;
y también nos equivocábamos si mirábamos hacia
delante, las dos cosas estaban equivocadas.»

IMRE KERTÉSZ

I

La mesa bajo el arco, ésa habían escogido: se ve el mar. En la recepción les dieron las llaves del cuarto y el mozo había cargado las maletas, hecho gesto de esperar. Se veía el mar, allá abajo: quisieron asomarse antes de subir, echar un trago, y le deslizaron al mozo las llaves, la propina. Adelántese, no tardaremos, y salieron abrazados al jardín. El trallazo de luz, el vértigo de la entrada súbita en escena, y se alzó el telón sobre la historia a punto de empezar, sobre el espléndido paisaje: la vegetación que tapiza la ladera, las casamatas derruidas asomando entre los arbustos, el cementerio inglés con sus tumbas bien cuidadas, la plaza de toros y, confundiéndose con el desdibujado perfil de África, el mar. Nada parecía haber cambiado, todo era distinto.

Habían llegado avanzada la mañana, poco antes del mediodía, y habían tardado en dar con la subida hacia el hotel. Era la ciudad de su infancia –es la ciudad de mi infancia, había dicho al divisarla desde una revuelta de la carretera; aquí empezaron mis errores–, pero el plano que había guiado sus recuerdos durante dos turbias décadas no coincidía con la obcecada realidad de calles en obras y direcciones

prohibidas. Desembocaron en el puerto por casualidad, por casualidad habían llegado desde el parque hasta ese inesperado vestigio a punto de extinguirse, la avenida escoltada por viejos palacetes en mejor o peor estado. Palmeras y plátanos arrojaban la sombra fantasmal de la luz tamizada por la calima, una segunda piel que acariciaba las verjas y cancelas que verdeaban de herrumbre y líquen señorial; también los socavones que mostraban las tripas de la urbe próspera y, al fin, moderna: conducciones de agua, residuos pestilentes, cables telefónicos. Por casualidad, finalmente, había acertado con el desvío, entonces una calzada pedregosa entre vertederos y donde aún resistía el caserón aquel en el que apareció un sapo, y ahora un barrio no de los peores.

Apareció un sapo, había dicho, y su vida extrañamente había cambiado después de aquella noche. Cómo saber si habría sido la última de una juventud que a partir de entonces empezaría a alejarse, a hacer ese mutis discreto que sólo se descubre cuando una pregunta anodina no halla respuesta y un nombre familiar se convierte en simple eco. Mi vida y la de todos, había dicho: era la primera vez que le hablaba, es la primera vez que te hablo de Valeria, de Martín, de Ernesto que, según había sabido, había perdido la razón y consumía el tiempo entre las paredes blancas de un sanatorio que no debía de estar lejos. La primera vez, la primera confesión que, no obstante, habría de proseguir como si, al iniciarla, como si al mostrar los triunfos y desengaños que al igual que los meandros de un río que daría al mar,

que es el morir, bien lo sabemos, le habían llevado hasta ella: le había apretado la mano. Fantasma que no había podido conjurar en un esfuerzo solitario y silencioso comenzaban por fin a batirse en retirada; fantasmas que no había podido conjurar, había dicho, ponían término al cautiverio al que lo habían sometido, con mi melancólica aquiescencia pero también contra mi voluntad, tan frágil, tan extrañamente socavada. La vehemencia de sus sueños, la vehemencia de mis sueños había sido tan sólo la medida de la decepción, del desengaño.

Aquí, y al decir aquí había hecho un gesto que abarcaba el horizonte a sus pies, aquí habían empezado sus errores porque aquí había transitado entre dos edades y ése es el momento en que, como solían decir los jesuitas, el muchacho echa las raíces del hombre. Las suyas no terminarían por conformar a nadie, ni al hombre que habían querido hacer de él ni al hombre que finalmente había sido. Uno por convencional y otro por culpable, ambos habían terminado por desertar, dejándolo, por así decir, a solas consigo mismo. Había sustituido con idéntico ardor la fe que habían tratado de inculcarle por otra fe que, sin renunciar al paraíso, lo situaba como un espejismo al alcance de la mano. El viento de la historia soplaba a favor, henchía las velas, eso creíamos entonces: sin una tercera fe a la que aferrarse, sin una tercera fe a la que aferrarme cuando sonó la hora de la decepción, del inexorable desengaño, había terminado por precipitarse al mismo vacío en el que la mayor parte de los seres se conforman y en-

cuentran sucedáneos para afirmar que son felices. Siempre la he buscado, siempre. La felicidad, había dicho. Para él la vida consistía en una pérdida. En realidad, la peor de todas, la pérdida de lo que nunca se ha tenido, la condena a un duelo tan inconsolable como perpetuo.

Los jesuitas, extraño recuerdo, extraño desasosiego. Los jesuitas, había dicho, extraño recuerdo, y pensó: extraño desasosiego. Al abandonarlos había leído con insidiosa excitación las páginas que abstrusos filósofos, famosos novelistas e, incluso, poetas poco apreciados en su tiempo y muertos en alguno de tantos exilios antes de ser recuperados y arrinconados en las hornacinas polvorientas del parnaso, habían dedicado a las mismas aulas y galerías, a la misma estricta biblioteca expurgada y al mismo refectorio siempre en silencio, invariables desde siglos atrás. No podía evocar la entrada al edificio con sus arriates y palmeras, con sus gradas de baldosas de barro y sus azulejos cuyos torpes arabescos parecían transformarse según las horas del día, sin experimentar de nuevo la sensación de insignificancia, de indefensión, de los días malgastados entre aquellos muros y que, más tarde, intentaría conjurar mediante un irrefrenable instinto de revuelta. La revuelta, siempre la revuelta: íntima si sólo podía ser íntima y, en fin, abierta, si el hostigamiento del mundo exterior, ese acoso imperceptible de convivir, sólo convivir, con otros seres, franqueaba por cualquier motivo –una frase inoportuna, una confidencia no buscada, una aproximación disfrazada de cordialidad– la frontera para él sagrada e irre-

ducible que había acabado levantando frente a todo y frente a todos. En eso consistía su disposición a renunciar sin cálculo, a salir dando un portazo. Su inestabilidad emocional, su frustración, su rencor, según algunos; su coraje, su soberbia, su radical independencia, de acuerdo con los menos. Su decepción, su desencanto, a fin de cuentas. Iba a decírselo pero se arrepintió en el último instante, y contempló el mar, allá abajo.

La entrada al edificio, el recuerdo de aquella silueta imponente que buscó y no alcanzó a ver sentados como estaban bajo el arco –tampoco se alcanzaba a ver el caserón en el que apareció el sapo, el sanatorio donde debía de estar Ernesto, las viejas referencias de la ciudad estranguladas por el bosque de nuevas construcciones– le arrastraba, además, a un equívoco del que, pasado el tiempo, seguía intentando averiguar su compleja maquinaria. Flanqueando las gradas se alzaba una hilera de palmeras que, junto a los arabescos que cambiaban con la luz, le daban al conjunto un intempestivo aire oriental, contradictorio con el culto que allí se inculcaba a los chavales. Un vendaval tronchó una por el tronco, había dicho. En su memoria, esta perturbadora ambigüedad de la fachada principal se trasladaba hasta la parte trasera del edificio, donde arrancaban unos terrenos labrados y frondosos que ascendían perdiéndose en las estribaciones de una sierra. No lograba recordar el camino para llegar allí ni conseguía reconstruir la imagen de aquel espacio; no consigo recordarlo, había dicho. Si lo intento, en su lugar siempre aparecen

otros jardines. En su lugar, si lo intentaba, aparecían siempre otros jardines, tal vez los de la Alhambra, los del Generalife u otra alcazaba de las ciudades del sur, tal vez los de otros palacios más lejanos en Túnez o Marruecos, con sus murmullos de agua, su frescor estival acosado por el arpegio metálico de las cigarras, su umbría tentadora. Con sus palmeras intactas, no como aquéllas, un vendaval había tronchado una por el tronco. Así, pues, los muros en los que se defendía con intransigencia la primera fe que te inculcaron, pensaba en estas ocasiones, acaban por no distinguirse de los muros de otra fe. Toda una lección, toda una parábola. Se lo había dicho, y añadió: una fe guerrea con otra fe y, al cabo de los siglos, los leales adversarios se confunden en un único y monstruoso personaje. De qué sirve, solía preguntarse, pero de qué sirve a fin de cuentas borrar la miseria, ensalzar por contraste el heroísmo. Dependiendo de quién narre aquellos tiempos de los que no sabemos nada, rigurosamente nada, el heroísmo se toma por miseria y la miseria por alguna gesta histórica. Es decir, una gesta en la que las ofensas no importan, las heridas no duelen, la sangre se reseca sin castigo y los muertos, por descontado, no se lloran, simples figurantes que, como nosotros, cualquiera de nosotros cuando nuestra historia llegue a su final, se pondrán en pie y se sacudirán el polvo artificial del espectáculo haciendo reverencias.

Descontando de su fiebre anticlerical la parte que correspondía a un impotente ajuste de cuentas –los jesuitas lo expulsaron al poco de los últimos fusila-

mientos—, lo que quedaba era una brasa de odio, un rescoldo de venganza que violentaba su naturaleza. El esfuerzo por mantenerla viva fue lo que le invitó a reconsiderar su sentimiento pasados los años, a corregir el error. Al menos este error, había dicho; corregirlo mediante un nuevo balance del tiempo gastado entre aquellos muros y hacer que la venganza recayera, no sobre los ancianos disfrazados con sotana, no sobre los novicios que no buscaban consagrarse a Dios sino huir de la estrechez de sus aldeas. De recaer sobre algo, debía hacerlo sobre la institución a la que servían de esa peculiar manera, torturando y torturándose. Fuera ya, expulsado, había seguido atento a las noticias y rumores que llegaban del interior a través de antiguos camaradas con los que también acabaría perdiendo el contacto, no sin antes asistir a lo que, con ánimo cada vez más tranquilo, sólo podía contemplarse como el paradójico derrumbe de un castillo de naipes, leve y a la vez estrepitoso. El padre rector, el único que siempre había abogado por su causa, el único que siempre había asumido su defensa, se fugó con una viuda piadosa, madre de un alumno al que conocía de vista. Pero fueron los curas más severos, los que excusaban en el rigor evangélico una crueldad luciferina, los que protagonizaron escándalos y escenas que, tras el asombro y la broma fácil, hacían emerger de tanto en tanto las íntimas tragedias que fermentaban bajo aquella apariencia de orden y silencio. En realidad, bajo aquella ciénaga alimentada por fanáticos, perpetuada por fanáticos y por fanáticos, al fin, desvelada, cuando en la sobria

soledad de celdas que debían inspirar la fe pero que inspiraban, además, las tentaciones, sus instintos derribaban como aguas tempestuosas de una incontenible crecida los diques nocturnos de la mortificación. Sólo una vez alcanzó a ver un cilicio, es verdad que sólo una.

Aquel sacerdote, había dicho aquel sacerdote pero se contuvo: una lancha parecía cabalgar sobre las olas, allá abajo. Recordó sus rasgos sin esfuerzo, no su nombre, como si un extraño pudor lo hubiese borrado de la memoria. Recordó, además, la frente nervuda, la nariz afilada, los labios como cuchillas. Al entrar cada mañana, el rito de la oración ante una Virgen en el pasillo que conducía a las aulas había llegado a ser el peor de los momentos. Vigilaba, primero, la formación, las hileras de muchachos hasta una mampara de cristal tras la que se adivinaba la clausura bañada por una claridad lechosa; dirigía, después, los rezos, repitiéndolos una y otra vez porque, según se imaginaba, se habían escuchado risas o voces, o porque, dejándose llevar por la brújula impredecible de su humor, le había parecido que se recitaban con desgana. Llegaba, por último, la revista —se le llamaba así, la revista, como en los cuarteles—, un eco del carácter marcial de la Compañía. Los muchachos debían pasar ante él de uno en uno y esperar el visto bueno, la imperceptible inclinación de cabeza que, en ocasiones, se demoraba unos segundos eternos en los que había que permanecer firmes, la mirada al frente, los puños apretados. Los zapatos, aunque gastados, debían relucir, y la ropa, sin man-

chas ni agujeros: por lo general, la prohibición de entrar en las aulas iba seguida de diatribas contra padres, madres, incluso hermanos. Eran lo más ofensivo, lo más insufrible, según pudo advertir por propia experiencia: aquellas frases hirientes parecían revelar una realidad flagrante aunque ignorada, la ley no escrita de que educarse-para-ser-alguien-en-la-vida no consistía en otra cosa que someterse sin resistencia. Padres abatidos por las dificultades durante aquellos años turbulentos –fue entonces cuando quebró el negocio que heredó mi padre, el país parecía venirse abajo–, y madres que, extenuadas, apenas si podían despedir a sus hijos con un beso mortecino, eran acusados de despreocupación, de faltar a los deberes más elementales: para qué traían criaturas al mundo, solía gritar el jesuita, para qué, queréis decírmelo vosotros, si después os dejan crecer como salvajes. Crecer como salvajes, luego comprendió, luego comprendí, había dicho: hasta los seres más mezquinos sueñan con vidas épicas desenvolviéndose en la historia y prefieren verse, qué sé yo, como misioneros en tierra hostil, portadores de la luz hacia ese África de ahí enfrente. Lo que eran, lo que son no ha cambiado, nunca cambiará: banales maestrillos en una próspera ciudad del litoral, la ciudad de mis errores.

El escándalo hizo que el rector recomendara su traslado, el traslado de aquel jesuita luciferino; un escándalo con un alumno, quiero decir, con el padre de un alumno. El padre había solicitado una entrevista –entrevistas eran, en nuestra jerga, esas citas en

las que los alumnos podíamos o no estar presentes; en la sala había escenas religiosas y un piano que nunca vi tocar— y, al aparecer el sacerdote, los brazos abiertos, el gesto sonriente de quien se dispone a un saludo untuoso, se había abalanzado sobre él sin mediar palabra, lo había derribado y había descargado una feroz tormenta de golpes. Las lesiones del cura impidieron mantenerlo en secreto —lo intentaron, había dicho, no pudieron, sin embargo— y, poco a poco, se fueron conociendo las causas, los detalles. La mortificación en la soledad de su celda no había surtido efecto ni tampoco el rigor durante las revistas. Era un muchacho tímido, lo recuerdo; un muchacho tímido, aseado: el cura aquel le reprochaba, sin embargo, la suciedad de los zapatos, aunque los llevara relucientes, o lo inapropiado de su ropa. Imagínate, inapropiada: cualquiera con más mundo que aquel atormentado servidor de Dios la reconocería como lo que era, cara y a la moda. En cuanto se presentó la ocasión, los instintos se impusieron y el sacerdote no pudo seguir disimulando. Primero se dijo —primero me dijeron— que todo había sucedido en un pasillo; luego le hablaron de un urinario, sólo por acentuar la sordidez. La realidad fue que el jesuita había atraído al muchacho a la clausura después de la oración ante la Virgen, a una celda vacía desde que años atrás había muerto su ocupante, fingiendo que era allí donde le comunicaría el castigo. En la revista de aquella mañana, los chavales pudieron escuchar la orden, pudimos escucharla: después, venga a la celda. Era fácil imaginar el resto, cuando todo

trascendió: el temblor de quien se derrumba y confiesa, la estúpida confianza en que la compasión ante un deseo culpable hará que se mantenga en secreto, un último intento de lograr a través de la obstinación, incluso de la fuerza, que los hechos se ajusten al sueño tantas veces acariciado.

Cuando lo supo por los camaradas que más tarde dejaría de frecuentar, su anticlericalismo —mi anticlericalismo, riéte, había dicho, me exhibía disfrazado de comecuras— se mezclaba con otras impresiones. Se burló, me burlé tanto o más que los otros, pero no hasta el extremo de ocultarse que si lo hacía, si levantaba la bandera del escarnio tan o más alto que el resto, la bandera del menosprecio y del insulto, era sólo por ejecutar la venganza. En sus risas y mordacidades se reconocía cuanto trataba de ocultar: que la expulsión le había humillado y que, porque le había humillado, le había empujado a colocar la primera piedra en la barrera con la que se protegería desde entonces, hasta hacer de su rabiosa soledad una fortaleza. En eso se comportaba igual que el sacerdote aquel, el infeliz aquel, pese a sus miserias; por otras razones, esclavo de otro secreto, pero, en definitiva, igual que el sacerdote. Como éste ante sus tentaciones, también él podría derrumbarse un día aunque no supiera ante qué gesto, ante qué palabra, ante qué cálida invitación a ocupar un lugar entre sus semejantes, un puesto en cualquier orden, en cualquier jerarquía. Mi inseguridad y mi revuelta, había dicho, ése era, ése sería para siempre mi secreto. Dos caras diferentes y la medalla, la misma.

Condenaron a once, fusilaron a cinco, el vendaval acababa de tronchar por el tronco una palmera: estuve en contra, ése es el hecho. Los argumentos, en cambio, le resultaban aún confusos, misteriosos: no quiero construirme un pasado, no quiero engañarte, ni acerca de Valeria ni sobre tantas otras cosas. A determinada edad, la muerte al pie de un muro es una abstracción y no se había rebelado, no había podido rebelarse contra esa abstracción, contra eso que, hoy sí, eso que ya sí sé que es un castigo monstruoso. Estuve en contra, había dicho, en contra sólo porque ellos, los jesuitas, algunos jesuitas, estuvieron a favor. Ahí se inició el camino que durante algún tiempo creyó sin retorno, ahí comenzó la sustitución de una fe por otra fe, la destrucción de un antiguo templo tan sólo para alzar un templo nuevo, semejante al anterior. Y las dos décadas que siguieron, las dos turbias décadas, fueron el itinerario de la íntima traición, tan dolorosa en el caso de un credo como en el otro, aunque más devastador en el segundo por la simple razón de que no es lo mismo rechazar lo que es impuesto que abandonar lo que se ha escogido. Poner en tela de juicio la educación tenía la rara apariencia de una higiene: como frotarse los ojos con agua helada al despertar. Abjurar de la otra fe, de una fe, además, estrictamente voluntaria, significaba, en cambio, la implícita confesión de haber estado equivocado.

Si no se hubieran dicho y hecho tantas teatrales tonterías: no era el caso. En fin, no era mi caso. La enfermedad de la época, bueno es que se recuerde,

había sido la mitomanía, la ingenuidad de creer que se podía ocultar la pasión hacia uno mismo tras la causa a la que se había entregado. El riesgo que se corre se descubre siempre demasiado tarde: si la causa cae, y la causa siempre cae, cae uno mismo. Ése fue, echando cuentas, el error de los errores, y la ciudad que ahora tenían a sus pies, sentados a la mesa bajo el arco, había sido el escenario de su épico desvarío. Las banderas que había levantado yacían por tierra confundidas con la simple inmundicia humana. Nunca fueron otra cosa que las banderas de la inmundicia, la sublimación de una pasión estéril como todas las pasiones.

Quién sabe si una tercera alternativa hubiera podido acudir en su socorro, pero para entonces estaba cansado, demasiado cansado: un extraño cansancio, había dicho. No que hubiese perdido una u otra fe, sino que había perdido la fe en la fe, como si, de pronto, se hubiera descompuesto el mecanismo que hace que uno se vuelva a levantar después de haber caído. Muelles sueltos, ruedas dentadas, bulones sin aparente utilidad: semejante a un artefacto destripado, la inteligencia sólo servía para levantar el inventario de las piezas que componen la tramoya. Referido a Dios, era como si este estado en el que había acabado por hundirse, como si esta radical imposibilidad de alzar el vuelo, le hubiese revelado en la imagen más sublime del altar mayor el humilde origen del material que utilizó el artesano, el tronco de olivo o de ciruelo en el que escarbó su talla. En cuanto a la otra fe, aquel sucedáneo que había abrazado

después, no tardó en mostrar su verdadero rostro por más que, como suele suceder a quienes tienen noticia de un crimen, tardase en asimilar en todos sus trágicos detalles que unos rasgos conocidos, incluso familiares, pueden esconder a un ser despiadado cuya fotografía aparece la mañana menos pensada en todos los periódicos.

El mar, allá abajo, parecía rizarse ahora, y la calma había desdibujado la silueta lejana, siempre lejana de África.